



Este libro ha contado con la ayuda del GIR de la Universidad de Valladolid *Skené*.

RICARDO DE LA FUENTE BALLESTEROS

JUAN PASCUAL GAY

JOSÉ JUAN TABLADA

VISIONARIO Y APÓSTOL DE LA NOVEDAD





ISBN
979-12-218-0074-6

PRIMERA EDICIÓN
ROMA 15 FEBRERO 2023

ÍNDICE

9	<i>Preliminares</i>
13	<i>Sacerdocio social</i>
35	Capítulo I <i>Flamantes y luminosos grabados</i> (1871-1892) 1.1. Del Colegio Grosso a la Escuela Nacional Preparatoria, 41 – 1.2. Trato con escritores, 48 – 1.3. <i>El Universal</i> de Rafael Reyes Spíndola, 56 – 1.4. La fiebre gala, 63.
75	Capítulo II Decadentismo a la mexicana (1893-1897) 2.1. <i>Epidemia baudelaireana</i> , 78 – 2.2. Mazatlán, 96 – 2.3. <i>Revista Azul</i> , 100 – 2.4. Vida bohemia, 108.
117	Capítulo III <i>Revista Moderna</i> (1898-1903) 3.1. El primer <i>Florilegio</i> (1899), 131 – 3.2. El Japón galante, 135 – 3.3. Regreso a Ciudad de México, 151 – 3.4. Evangelina Sierra y González, 166.

- 175 Capítulo IV
El Florilegio (1904)
 4.1. “Sonetos de la hiedra”, 177 – 4.2. “Poemas exóticos”, 178 – 4.3. “Gotas de sangre”, 182 – 4.4. “Poemas”, 184 – 4.5. “Platerescas”, 187 – 4.6. “Musa japónica”, 189 – 4.7. “Dedicatorias”, 195 – 4.8. “Hostias negras”, 202 – 4.9. Retales, 212.
- 233 Capítulo V
 Otras puertas, otros ámbitos (1905-1910)
 5.1. Una nueva promoción, 257 – 5.2. A la orilla del tiempo, 273 – 5.3. Campo de tiro, 285 – 5.4. Una desafortunada epopeya, 311 – 5.5. *Madero-Chantecler*, 321.
- 337 Capítulo VI
 México-París-México (1911-1913)
 6.1. París era una fiesta, 341 – 6.2. La Ciudad de México en la Revolución, 373 – 6.3. La Revolución en José Juan Tablada, 402.
- 431 Capítulo VII
 En el exilio (1914-1918)
 7.1. México-Galvestone-Nueva York, 452 – 7.2. A orillas del Hudson, 456 – 7.3. Un par de libros, 465.
- 487 Capítulo VIII
 Tierras de Bolívar (1919)
 8.1. Estación “La Esperanza”, 488 – 8.2. Muerte de Amado Nervo, 505 – 8.3. La Legación de México en Caracas, 509 – 8.4. *Un día... Poemas sintéticos* (1919), 518 – 8.5. Una situación incómoda, 539 – 8.6. *Li-Po y otros poemas* (1920), 543.
- 557 Capítulo IX
 New York, New York (1920-1935)
 9.1. Primeros años (1920-1925), 566 – 9.1.1. Amistades y libros, 573 – 9.1.2. Periódicos y conferencias, 586 – 9.1.3. Promotor de artistas mexicanos y una *Iconografía*, 594 – 9.1.4. Revistas, antologías y prólogos, 607 – 9.1.5. Adán y Eva, 630 – 9.1.6. El poeta y la vanguardia, 643 – 9.1.7. *El jarro de flores. (Disociaciones líricas)* (1922), 667 – 9.1.8. *La resurrección de los ídolos* (1924), 674 – 9.2. Peregrino de Aztlán (1926-1935), 684 – 9.2.1.

Una salud mermada, 686 – 9.2.2. Periódicos, amistades, reconocimientos, 692 – 9.2.3. Pasatiempos, colecciones y lecturas, 702 – 9.2.4. *Historia del Arte en México* (1927) y otros textos, 714 – 9.2.5. *La feria. Poemas mexicanos* (1928), 731 – 9.2.6. El haijín y la teosofía, 735 – 9.2.7. José Juan Tablada en el parnaso mexicano, 754 – 9.2.8. Escritor epigramático, 770.

777 Capítulo X

Bajo el volcán (1936-1945)

10.1. Cuernavaca (1936-1944), 785 – 10.2. Entre el periodismo y la literatura, 796 – 10.3. *Los mejores poemas de José Juan Tablada* (1943), 815 – 10.4. *Del humorismo a la carcajada* (1944), 829 – 10.5. Muerte en Nueva York, 834.

843 *Bibliografía*

PRELIMINARES

Hay intelectuales, escritores, artistas que en sí mismos representan una época, capaces de concentrar no ya el temperamento de un momento o de una etapa o de un movimiento, sino de periodos contradictorios y polémicos, ininteligibles e inaccesibles sin su presencia. Personalidades desbordadas de inventiva e ingenio que no sólo impulsan la literatura o el arte o el pensamiento, sino que transforman los ámbitos sociales y económicos en que aparecen; figuras proteicas y maleables, aptas para descifrar con rigor la actualidad a condición de alumbrar lo venidero; visionarios de un tiempo construido meticulosamente en el presente; hacedores de las condiciones para asaltar un mañana, apenas entrevisto para la mayoría, en que se hospedan. A éstos conviene la aseveración de Paul Bénichou según la cual toda definición del orden social consagra como guía a aquel que la formula⁽¹⁾. Esa definición implica no pocas veces la novedad de un orden ignorado hasta ese momento o, en todo caso, enuncia aspectos inherentes a ese nuevo ordenamiento. El hallazgo y la invención son factores decisivos en estas personalidades idóneas para ver incluso en donde no se ve nada. Quizás por eso gozan, sin importar la etapa histórica en que irrumpen, de un prestigio asociado con la modernidad, puesto que ésta seguramente no habría llegado de la misma manera sin ellos. Pero no es sólo la aparición de determinado temperamento, sino su concurrencia con

(1) P. BÉNICHOU, *El tiempo de los profetas. Doctrinas de la época romántica*, pról. Jean Starobinski y trad. Aurelio Garzón del Camino, Fondo de Cultura Económica, México, 2012, p. 16.

circunstancias favorables. No pocas veces estos talantes fulguran en coyunturas históricas confusas y turbadas que, a contraluz, iluminan más si cabe sus aportaciones. El conflicto y la contradicción íntimos, habituales en estas personalidades, se redoblan ante su inadecuación frente a la realidad. No es excepcional que sus logros o sus aportaciones sean recibidos en lo inmediato como provocaciones. La subversión causa desasosiego e inconformidad, motivos suficientes para que la valoración de la obra se encasille de acuerdo con el momento de su recepción, sin indagar en ámbitos y posibilidades que inauguraron para la literatura, el arte y la sensibilidad. En ocasiones, los historiadores regresan a estos autores para rastrear las consecuencias de sus propuestas. Pero esta revisión tampoco les hace completa justicia, porque a veces termina por desvalorizarlas, subrayando un significado para la tradición que ignora el de la propia obra o que la rehabilita en función del tiempo y no de ella misma. Espíritus disidentes, utilizan la literatura para transformar no ya gustos y tendencias, sino la manera en que se aprecia revolucionando el entorno.

Dentro de esta estirpe de visionarios cabe José Juan Tablada (1871–1945). Uno de sus primeros recuerdos se asocia con una esmeralda tropical en cuyo interior el niño se hospeda en un trayecto a Mazatlán. Piedra de la luz verde que escala hasta lo azulado disfruta de un sincretismo que cifra doctrinas esotéricas, prehispánicas y cristianas. Vinculada con el ciclo lunar y con el renacimiento de la primavera, el colorido verde azulado del plumaje del quetzal es su trasunto. Para los alquimistas es la piedra de Hermes que traspasa las tinieblas y a la que se debe la vida. Representa el conocimiento secreto que reúne a la vez lo sagrado y lo profano. La esmeralda opera como metáfora de la obra y la vida de José Juan. Si el recuerdo infantil fue casualidad, no pudo ser más afortunado. La piedra de la luz verde compendia mucho de lo que fue el escritor, como premonición de una existencia que se debatió entre lo santo y lo demoníaco, entre el cristianismo y el hermetismo, entre lo prehispánico y la modernidad. Y, más allá, una figura que revitalizó cuanto tuvo a su alcance, sin que en su momento se advirtieran las consecuencias del estremecimiento causado. El niño José Juan está dentro de la esmeralda, es la esmeralda misma. Inseparable, no puede vivir sino con ella y como ella. La escala cromática del verde brilla según las circunstancias, pero siempre relumbra de una u otra manera. Ese abanico iridiscente pertenece a la esmeralda que, sin embargo, no se agota únicamente en un destello o en varios. La luz de la esmeralda es propiedad de ésta, pero no es la única, ni siquiera la más decisiva, aunque sea la más ponderada. En todo caso, es resultado de los elementos que se combinan en su interior. El adentro es el origen de su exterior variable. También el

afuera de Tablada se debe a procesos interiores, aunque se aprecie sobre todo en el tornasol de sus vivencias. Piedra de notable fragilidad, también lo fue el temperamento del mexicano; refractaria en rango bajo, también Tablada exhibió esa cualidad para dejar que la luz capturase su verde oscuro y reflejarlo de modos impensados. Poliédrico como la piedra misma, la diversidad de ideas, opciones y alternativas de todo tipo fueron su encomienda. La pluralidad y la contradicción no lo escindieron irremediablemente, al contrario, fueron una naturalidad en todo momento. Al igual que la esmeralda bruta, José Juan se sometió al facetado para pulirse y abrillantarse. De manera intuitiva al principio, se aplicó metódicamente para detectar los ángulos del corte, removiendo las partes externas que le incomodaban y sometién dose al proceso de enfriamiento de la cera para adquirir la forma rectangular con esquinas biseladas. La memoria de la ensoñación esmeraldina es metáfora del futuro José Juan Tablada. Quizás por eso inaugura el primer libro de sus memorias, *La feria de la vida*, con este recuerdo, como si la esmeralda en que se alojaba cifrara un porvenir intenso y vibrante. A resguardo en ese seno materno mineralizado, éste invitaba a la aventura frente a una realidad que asomaba con sus verdes, turquesas y naranjas; una llamada a un segundo nacimiento, pero esta vez desde la curiosidad a la que incita la vida misma. Cobijado a la copiosa sombra de álamos, tabachines, laureles y eucaliptos, cuyas copas iluminadas por el sol parecían desmentir la frescura de su follaje, el precioso mineral resplandece según caprichosos haces de luz. La arborescencia vegetal contribuye a la iridiscencia de la piedra tanto como la piedra misma, condicionándola como la esmeralda a su relumbre. La gema no limita sus efectos a ella misma, sino que los propaga entorno. La primera sensación es el sabor del agua contenida en una jícara que, bajo la sombra de los árboles, adquiere apariencia líquida. Extemporáneo e infantil *locus amoenus* levanta José Juan sobre la costa del Pacífico, ese paraje umbrío y espléndido a propósito de la poesía bucólica y amorosa. Pero en este caso, espacio ideal para la épica de la propia existencia. Da la impresión de que los elementos del tópico aparecen de manera impremeditada, sucediéndose con naturalidad. El paraje no es ya una construcción artificiosa, ni remite a un ideal inasequible, sino experiencia cotidiana, aunque no se aprecie en rigor su excepcionalidad. Para Tablada el prodigio es hábito y costumbre el portento. Intempestivamente irrumpe un *locus amoenus* tropicalizado, trasplantando así una tradición secular. El espacio está al servicio de la profusión de sensaciones, del despertar de los sentidos, de su sacudimiento mediados por la superficie de la esmeralda. Límite frente la exuberancia de lo real, frontera ante la subversión del entorno. Confinado

al amparo pétreo asiste al espectáculo de la vida en ciernes que en un sentido nada tiene de espectacular a no ser porque es la suya. Engastada en la existencia, la esmeralda se somete a los caprichos del orfebre.

Indivisibles lo orgánico e inorgánico, vestigios de un tiempo en marcha pero definitivamente vencido, dinámico e inmóvil, cifran el sentido contradictorio y congruente de la incipiente existencia: lo local y lo cosmopolita, lo autóctono y lo extraño, lo prosaico y lo exótico, la memoria y el presente. Los tres órdenes de la naturaleza se compendian en esa esmeralda que resguarda al niño Tablada. La interioridad es sosiego, paz, serenidad, sólo incomodada por la luminosa captura de su interior, una invitación a irrumpir en el exterior a condición de abandonar ese espacio confortable y seguro, una llamada a la curiosidad a riesgo, incluso, de perderse. Incitación y reticencia operan como polos opuestos a la búsqueda del justo medio. El impulso hacia el afuera se acompaña de una querencia hacia la intimidad irrenunciable. Como la esmeralda misma, hay en José Juan un abandonarse a cada momento, un abrazar la actualidad, un entregarse al instante para proyectarlo con redoblada intensidad. Esa capacidad para prever el futuro, para descifrar en el presente el mañana en apariencia hermético, para descodificar inverosímilmente un progreso inédito. Pero como los árboles de su materna Mazatlán, sin olvidar lo vigente, arraigado en el momento, establecido en el ahora. Para Tablada el mañana es el hoy. Por eso sus propuestas perturban, sus ofrecimientos alteran, sus atrevimientos inquietan. Como el mudable color de la esmeralda, la expectación que genera José Juan siempre es distinta, pero siempre impide observar con atención su interior. Algo tiene su temperamento de desmesurado e indómito, reactivo a indiscretas miradas, como si la rebeldía le blindara de un escrutinio intolerable. Si sus contemporáneos no terminaron por concederle la razón, el futuro lo reivindicó como su previsor. Tablada se hospedó en un claroscuro extemporáneo, en un brillo esmeraldino cubierto por la frondosa sombra vegetal. La paradoja no es mera pose o artificiosidad, sino directriz inalterable de su carácter y de su sensibilidad. Paradójicos, por cambiantes y volubles, fueron sus gustos literarios y sus amistades, sus preferencias políticas y sus oficios, sus devociones poéticas y artísticas. Pero como el tornasol cromático de la gema que, sin importar la diversidad, es suyo por entero, también le pertenecen a José Juan todos los Tabladas que fue, sin que unos estén por encima de otros o puedan separarse entre ellos. Si la superficie de la gema puede relacionarse con su obra literaria y cultural, la vida del niño agazapada en el interior de la piedra opera como sostén y consistencia, volviéndolas indisociables.

SACERDOCIO SOCIAL

El fin de siglo mexicano concentró elementos que lo vuelven caso propicio para el surgimiento de individuos rebeldes e inconformistas en lo personal, lo social, lo económico y lo cultural. Las luchas entre liberales y conservadores imperantes en el país a lo largo del siglo XIX cesan en 1867, con la entrada en la Ciudad de México del General Porfirio Díaz al frente de sus tropas y la restauración de la República por parte del poder civil representado por Benito Juárez. Dos factores decisivos para la pacificación de la nación en el último tercio del siglo. Al decenio insurgente en que se consigue la independencia entre 1810 y 1821, le suceden lustros de querellas internas que propician la intervención de Estados Unidos resultando la cesión de una significativa porción del territorio nacional en 1847 y 1848. Periodo inestable y turbulento, concluye con la crisis de la guerra de Reforma y la consiguiente ocupación francesa entre 1857 y 1867⁽¹⁾. Esos episodios postraron a un país que todavía no se había asentado como nación a la espera del restablecimiento de la República⁽²⁾. El nuevo ordenamiento atrae corrientes de pensamiento, idearios y doctrinas estéticas contenidas hasta ese momento a las orillas del Bravo y del

(1) Ver E.C. CONTE CORTI, *Maximiliano y Carlota*, trad. Vicente Caridad, Fondo de Cultura Económica, México, 1971. La intervención francesa efectiva se produjo entre 1862 y 1867, pero se fraguó desde años antes.

(2) Ver R. ROEDER, *Hacia el México moderno: Porfirio Díaz*, Fondo de Cultura Económica, México, 1973, vol. I, p. 20; V. QUIRARTE, "México entre dos amaneceres: las armas en las letras", *20/10. Memoria de las Revoluciones*, núm. 6 (2009), pp. 187-213.

Atlántico. En opinión de Cosío Villegas, «con la victoria total de la República sobre el Imperio y del liberalismo sobre la reacción conservadora, se alcanza un equilibrio político que subsiste cuarenta y cuatro años. Por eso, para mí, la historia moderna de México se inicia en 1867»⁽³⁾. La posguerra urgía a una reconstrucción que no se limitaba a rehabilitar lo derruido, sino que exigía la creación de instancias en todos los ámbitos acordes con la modernidad. La restauración se dotó con ideas apenas legitimadas hasta ese momento como libertad, justicia y concordia, pero consignadas ya en la constitución de 1857. Como había sucedido en Francia, muchos escritores promovieron “el poder espiritual”, consagrándose como “sacerdotes”⁽⁴⁾. Si en aquel país este proceso capitalizó casi un siglo, en México se realizó en apenas unas décadas. El liberal Juárez había ocupado la presidencia de México por primera vez en el periodo 1858–1861, reelegido sucesivamente hasta 1872, siendo sustituido por Sebastián Lerdo de Tejada quien divulgó “los dogmas liberales”: separación Iglesia–Estado, ilegalización de las comunidades religiosas como asociaciones, prohibición de hacerse con bienes raíces, etcétera. Proscrita la Iglesia, se abrió franco el camino para que el intelectual laico se ataviara con los ropajes del sacerdote.

Un año antes de que Juárez asumiera la Presidencia, se había promulgado una Constitución Política sobre la que Daniel Cosío Villegas afirma que

con la constitución política de 1857 México adquiere el rostro de un país organizado a la moderna; rostro duradero, además, pues casi sin afeite lo ha conservado cerca de cien años. Nadie puede dudar de que ésa es una fecha importante de la historia nacional; pero hay una circunstancia para invalidarla como parteaguas de la historia: no fue estable el equilibrio alcanzado con la Constitución, a pesar de su tono parejamente moderado y de la paciencia, la sabiduría y la buena voluntad de sus autores. El presidente bajo el cual se elabora la desconoce a poco de promulgarse, y en seguida se enciende la guerra civil entre quienes la sostienen y quienes la repudian, y, como de la mano, sobreviene la Intervención.⁽⁵⁾

(3) D. COSÍO VILLEGAS, *Historia moderna de México. La República Restaurada. Vida Política*, 1, en *Obras*, introd. Eduardo Mejía, El Colegio Nacional, México, 2009, vol. I, p. XV.

(4) Ver P. BÉNICHOU, *La coronación del escritor 1750–1830. Ensayo sobre el advenimiento de un poder espiritual laico en la Francia moderna*, trad. Aurelio Garzón del Camino, Fondo de Cultura Económica, México, 1981, pp. 22–73; *El tiempo de los profetas. Doctrinas de la época romántica*, ed. cit.; *Los magos románticos*, trad. Glenn Gallardo, Fondo de Cultura Económica, México, 2017; *La escuela del desencanto*, pról. Tzvetan Todorov y trad. Alejandro Merlín, Fondo de Cultura Económica, México, 2017.

(5) D. COSÍO VILLEGAS, *op. cit.*, p. XV.

Alfonso Noriega observa que «uno de los rasgos característicos de la República restaurada, fue la disputa interminable, airada, brillante, incisiva, agobiadora sobre la validez de la Constitución, como molde para configurar la vida política nacional, manteniéndola al mismo tiempo, libre, pacífica y fecunda». Un conflicto resuelto de manera impensada y muy a la mexicana: «un gran respeto formal a la Constitución y en los hechos, en la realidad, un gobierno tiránico y central»⁽⁶⁾. Noriega reescribe unas palabras de Emilio Rabasa:

la historia de México independiente en lo que tiene de trascendental, cabe en las biografías de tres Presidentes: Santa Anna, Juárez y Díaz [...] La historia de nuestro país, en la época constitucional, tiene de notable que nuestros grandes Presidentes han ejercido la dictadura, favoreciendo las evoluciones que cada etapa requería. En vez del quietismo de las tiranías, hemos tenido con las dictaduras democráticas, un movimiento de afianzar y una evolución continua.⁽⁷⁾

En 1871, de nuevo elegido Juárez, Porfirio Díaz se alzó en armas al clamor de “Sufragio efectivo y no reelección”. Al momento en que Lerdo de Tejada preparaba su reelección, la misma consigna enarbolada años antes por Díaz adquiere nuevo impulso para imponerse definitivamente. Investido Presidente, el general oaxaqueño entró triunfante por segunda vez en la capital de la República, el 22 de noviembre de 1876. Paradójicamente, el mismo lema que lo había llevado al poder que ocupó durante treinta y cuatro años lo desalojó de Palacio Nacional. A pesar de que Juárez y Díaz militaban en la facción liberal, la animadversión entre ambos era síntoma de un malestar localizado en el espacio del poder legítimo: militar o civil. Si el primero representaba al civil; el segundo, al militar. El asunto no es menor porque Díaz gobernó como General, haciendo del autoritarismo su instrumento más eficaz. Adaptado del europeo, el liberalismo de los comienzos del porfiriato apenas se parecía al de sus últimos años. Si la pugna en el terreno de las ideas y de las armas se dio una tregua, si el país alcanzó una organización política ajustada al momento, la desigualdad económica de la sociedad permaneció. Con todo, el porfiriato impulsó la irrupción de la burguesía como certifica Justo Sierra: «En este país, ya lo dijimos, propiamente no hay clases cerradas, porque las que así se llaman

(6) A. NORIEGA, *Vida y obra del doctor Gabino Barreda*, presentación de Miguel Alemán, Instituto Mexicano de Cultura, México, 1969, p. 14.

(7) E. RABASA, *La Constitución y la Dictadura*, Tipografía de Revista de Revistas, México, 1912, pp. 156 y 158.

sólo están separadas entre sí por los móviles aledaños del dinero y de la buena educación; aquí no hay más clase en marcha que la burguesía; ella absorbe todos los elementos activos de los grupos inferiores»⁽⁸⁾. La aristocracia de la nueva clase social se introdujo primero y, luego, se aferró al círculo cercano al dictador⁽⁹⁾. Paulatinamente, la burguesía se adueña del capital y de los medios de producción. Pero sobre todo se posesiona de ideas y doctrinas. El pensamiento de Auguste Comte adquiere particular relevancia, su ideario positivista encontró un país y una clase social ávida de directrices regeneradoras de la vida pública. Leopoldo Zea asocia la burguesía con el positivismo:

El positivismo no llegó a México como una doctrina nueva a la que había que estudiar para estar al tanto de las expresiones de la cultura. No fue una doctrina para discutir en círculos culturales, sino una doctrina que se discutió en la plaza pública. Se trata de una doctrina filosófica puesta al servicio de un determinado grupo político y social en contra de otros grupos. El positivismo fue una filosofía utilizada como instrumento por un determinado grupo de mexicanos.⁽¹⁰⁾

Los tiempos urgían a que cada quién arrimara el hombro ante la empresa por hacer. El positivismo dotó a México de un ideario en lo político y cultural al servicio de la paz, de la reconstrucción nacional, de la estabilidad social, del progreso⁽¹¹⁾. La juventud llegaba ávida y expectante a una paz que favorecía la dedicación literaria y cultural, como registraba Ignacio Manuel Altamirano en 1867: «Por otra parte, la juventud de hoy, nacida en medio de la guerra y aleccionada por lo que ha visto, no se propone sujetarse a un nuevo silencio.

(8) J. SIERRA, *Evolución política del pueblo mexicano. Obras completas*, ed. de Edmundo O'Gorman, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1984 [1ª 1910], vol. XII, p. 387.

(9) José Yves Limantour escribe que «Los científicos tuvieron al principio pocas oportunidades de ponerse en contacto con el señor Presidente». Al parecer, sigue diciendo, «el señor general Díaz abrigaba cierto recelo de que tomando el grupo mayor impulso, podría adquirir una influencia tal en la gestión pública, que le permitiera seguir algún día en línea de conducta distinta de la oficial. Este temor se fundaba en el notable empuje que habían mostrado los aludidos jóvenes, no sólo en la organización de «La Unión Liberal», sino en la iniciación de las reformas que en el espíritu y en el sistema de gobierno pretendieron ellos implantar, y cuya realización no se logró», en *Apuntes sobre mi vida pública*, Editorial Porrúa, México, 1965, p. 95.

(10) L. ZEA, *El positivismo en México. Nacimiento, apogeo y decadencia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1968, p. 28.

(11) Alfonso Noriega concluye que «la adopción del positivismo en México no se explica como una mera curiosidad cultural o erudita, sino — lo que es de particular importancia — como un verdadero y auténtico plan de alta cultura nacional que se adaptaba y convenía a las exigencias de una sociedad desequilibrada que vivía una época de transición», en *op. cit.*, p. 21.

Tiene el propósito firme de trabajar constantemente hasta llevar a cabo la creación y el desarrollo de la literatura nacional, cualesquiera que sean las peripecias que sobrevengan»⁽¹²⁾. Representa Altamirano mejor que nadie al hacedor de la literatura nacional como acredita la fundación de *El Renacimiento* en 1869, un periódico compartido por escritores liberales y conservadores, jóvenes y viejos. No fue el primero en formular esta necesidad, pero sí quien aunó pensamiento y acción: «Nada nos queda ya que decir, sino es que, fieles a los principios que hemos establecido en nuestro prospecto, llamamos a nuestras filas a los amantes de las bellas letras de todas las comunidades políticas, y aceptamos su auxilio con agradecimiento y cariño. Muy felices estaríamos si lográsemos por este medio apagar completamente los rencores que dividen todavía por desgracia a los hijos de la madre común»⁽¹³⁾. Los deseos son ya certezas en otra colaboración: «No nos engañemos: el éxito ha correspondido a nuestras esperanzas, y podemos creer que *El Renacimiento* se ha establecido definitivamente. Nos alegramos de semejante resultado, porque de hoy en adelante la literatura mexicana contará con un órgano que la hará popular en nuestro país»⁽¹⁴⁾. A pesar de las luchas políticas que tuvieron lugar durante la restauración, la norma fue la paz social, el progreso económico y la reforma educativa encabezada por el positivismo que a partir de 1867 incorporó a Gabino Barreda. Antonio Caso resume admirablemente las causas de la aparición del positivismo:

Triunfante el jacobinismo y restaurada la República, sacrificado el archiduque austriaco que se llamó emperador de México, y que simboliza el fracaso de los fines políticos, también quijotescos, del imperialismo latino de Napoleón III, el presidente Juárez llamó para que emprendiera la obra de reconstrucción moral e intelectual de la nación, a cierto médico mexicano [Gabino Barreda] que había oído en París las lecciones de Augusto Comte.⁽¹⁵⁾

Benito Juárez, como presidente, y el grupo del Paso, integrado por Sebastián Lerdo de Tejada, José María Iglesias, Ignacio Mejía y Balcárcel, dueño de las principales carteras del gobierno, detentaron el poder entre el 1867 y

(12) I.M. ALTAMIRANO, "Revistas literarias de México (1821-1867)", en *La literatura nacional. Revistas, Ensayos, Biografías y Prólogos*, ed. y pról. J. LUIS MARTÍNEZ, Porrúa, México, vol. I, 1949, p. 7.

(13) *Idem*, "Introducción", *El Renacimiento*, t. I (1969), pp. 5-6.

(14) *Idem*, "Introducción", *El Renacimiento*, t. II (1969), p. 3.

(15) A. CASO, "Jacobinismo y positivismo", en *II Problemas filosóficos. Filósofos y doctrinas morales. Filósofos y moralistas franceses. Obras completas*, pról. Antonio Gómez Robledo y comp. Rosa Krauze de Kolteniuk, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1973, vol. XIV, p. 194.

1872, lapso durante el que se iniciaron reformas de todo tipo. En este panorama, los letrados ocuparon diferentes puestos y cargos. Así, la Suprema Corte de Justicia tenía en su nómina a Ignacio Ramírez en tanto que magistrado, Altamirano como fiscal y León Guzmán, procurador. Sin ser juaristas, dotaron a la institución de una independencia que aseguró su prestigio sin servirse de ella para hostigar al Presidente. La misma concordia promovida desde *El Renacimiento* fue la que administró Altamirano en el servicio público. Así lo indica Juan de Dios Peza al recordar que «en el periodo de diez años, transcurridos de 1867 a 1877, Altamirano impulsó el desarrollo de las ideas progresistas, tanto en política, como en las ciencias y en las bellas artes»⁽¹⁶⁾. Los escritores e intelectuales se implicaron desde el principio en la reconstrucción de la nación. La publicación de Altamirano, *El Renacimiento*, no puede entenderse sin el designio regenerador de su director y de sus colaboradores, en una actitud que permeó sus demás actividades. Un esfuerzo colectivo al servicio de una literatura nacional como expresión en lo cultural de un empuje semejante en otros ámbitos. Para Luis Mario Schneider: «La literatura nacional debe entonces partir de un esfuerzo colectivo, de una clara y demarcada concepción, con fines cívicos, moralistas y educativos, por sobre todas las cosas con una ausencia de total dependencia ante la literatura española, y siempre con un ideal puesto en la verdad»⁽¹⁷⁾. En realidad, la ruptura con España fue más de palabra que de obra. Existen suficientes pruebas y testimonios para concluir que, a contrapelo de la historia oficial, las relaciones entre ambos países en lo cultural apenas se resintieron. Otra cosa es la indudable preeminencia de los modelos franceses sobre los españoles en el fin de siglo mexicano. El quehacer de Altamirano en lo político, literario y cultural fue decisivo en opinión de José Luis Martínez: «Gracias a esta concordia intelectual y a la necesidad que los escritores de la época parecían sentir de trabajar cada uno en su campo por la creación de una cultura nacional, se manifestó un notable resurgimiento

(16) J. de D. PEZA, *De la gaveta íntima. Memorias, reliquias y retratos*, Librería de la Viuda de Ch. Bouret, México, 1900, p. 224.

(17) L.M. SCHNEIDER, *Ruptura y continuidad. La literatura mexicana en polémica*, Fondo de Cultura Económica, México, 1975, p. 93. La desafección hacia España venía de tiempo atrás, desde antes de la emancipación de México. Pero hacia 1865 recobró ímpetu renovado a partir del artículo de Ignacio Ramírez, El Nigromante, “La despañolización” en que contestaba con dureza a un artículo escrito por el liberal español Emilio Castelar que comienza: «Renegáis, americanos de esta nación generosa que tantos timbres tiene en su historia, tantas prendas en su carácter, tantos fulgores en su civilización». En ese texto, El Nigromante responde: «¡Mueran los gachupines! Fue el primer grito de mi patria; y en esta fórmula terrible se encuentra la despañolización de México», en *Obras. Poesías, discursos, artículos históricos y literarios*, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, México, 1889, vol. I, p. 317.

intelectual, en el periodo de 1867 a 1889, bajo el impulso de Altamirano»⁽¹⁸⁾. Luis González suscribe que

Desde los tres poderes la intelectualidad liberal mexicana resolvió que para homogeneizar a México y ponerlo a la altura de las grandes naciones del mundo contemporáneo se necesitaba, en el orden político, la práctica de la Constitución liberal de 1857, la pacificación del país, el debilitamiento de los profesionales de la violencia y la vigorización de la hacienda pública; en el orden social la inmigración, el parvifundio y las libertades de asociación y trabajo; en el orden económico, la hechura de caminos, la atracción de capital extranjero, el ejercicio de nuevas siembras y métodos de labranza, el desarrollo de la manufactura y la conversión de México en un puente mercantil entre Europa y el remoto oriente; y en el orden de la cultura las libertades de credo y prensa, el exterminio de lo indígena, la educación que daría “a todo México un tesoro nacional común” y el nacionalismo en las letras y las artes.⁽¹⁹⁾

En este contexto, la acción de Gabino Barreda se antoja decisiva. El discurso pronunciado en Guanajuato el 16 de septiembre de 1867 por el médico comtiano subrayaba la importancia del positivismo para el México de Juárez. La doctrina de Comte se ofrecía como ideario de repuesto al catolicismo en unos momentos en que el Presidente advertía en el clero un enemigo para su proyecto de país. Barreda argumentaba el deber sagrado de una élite de dotar a la nación de una historia para equipar el presente de un programa adecuado a partir de tres aspectos irreductibles: «emancipación científica, religiosa, emancipación política»⁽²⁰⁾. El orador vinculaba el liberalismo con el progreso cuyo motor era el positivismo, vanguardia de una modernidad en ciernes. Asienta Leopoldo Zea: «La historia de México es la historia de esta lucha decisiva, y el triunfo de la revolución es el triunfo de la emancipación mental de la humanidad. El triunfo del partido de la Reforma es el triunfo del espíritu positivo. Es en México donde las luces de la ciencia positiva invaden el terreno de la

(18) J.L. MARTÍNEZ, *La expresión nacional*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1993, pp. 56–57. La concordia promovida por Altamirano no fue menor y condiciona la naturaleza de las publicaciones periódicas literarias mexicanas hasta muy entrado el siglo XX, ver J. PASCUAL GAY, R. DE LA FUENTE BALLESTEROS y M. I. RAMÍREZ, *Historias de las revistas literarias mexicanas (1894–1946). De El Renacimiento a las revistas modernistas (1894–1911)*, El Colegio de San Luis, San Luis Potosí, 2014, pp. 115–152.

(19) L. GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, “El liberalismo triunfante”, *Historia general de México*, El Colegio de México, México, 1981, vol. II, pp. 908–909.

(20) G. BARREDA, *Oración cívica de 16 de septiembre de 1867*, <http://www.biblioteca.org.ar/libros/1112.pdf> [8/11/2018].

política y arrebatan a la teología el dominio de los hombres»⁽²¹⁾. Desterrada la Iglesia por una religión laica, apremiaba formar a los nuevos sacerdotes mediante la instrucción pública. No podía haber secularización sin un proceso de instrucción que Barreda califica de “sacerdocio social”. Para ello, acuñó la divisa: “Libertad, orden y progreso”, resumiendo la doctrina política, económica y cultural que habría de distinguir al porfiriato⁽²²⁾. El progreso demandaba una fe y un fervor equiparables a los de la trascendencia. Habiendo sido designado Antonio Martínez de Castro por Benito Juárez ministro de Justicia e Instrucción Pública, convocó una Comisión para la reforma de la educación, previo estudio de la situación encomendado a Francisco Díaz Covarrubias quien, a su vez, por mediación de Agustín Aragón, atrajo a Gabino Barreda. La comisión quedó integrada por Martínez de Castro, Gabino Barreda, Francisco Díaz Covarrubias, José Díaz Covarrubias, Pedro Contreras Elizalde, Ignacio Alvarado y Eulalio M. Ortega⁽²³⁾. Consecuencia de los trabajos fue la Ley de Instrucción Pública del 2 de diciembre de 1867. Su promulgación proponía reorientar la educación en sus diferentes niveles, además de consignar la creación de la Escuela Nacional Preparatoria, inaugurada el 1º de febrero de 1868, «la obra más preciada de Barreda» y «una de las creaciones más fecundas que han existido en el proceso de la educación nacional»⁽²⁴⁾. El plan de estudios obedecía con rigor a la doctrina positivista. La Escuela Nacional Preparatoria se estableció en San Ildefonso, en donde también se alojó la Escuela de Jurisprudencia a la espera de trasladarse al recinto del antiguo Convento de la Encarnación. Juan de Dios Peza recuerda esos primeros momentos en San Ildefonso:

Allí, al comenzar el año de 1868, reunieron a todos los estudiantes del Colegio de Minería, de la Escuela de Agricultura, de los Colegios de San Juan de Letrán y de San Ildefonso, de la Academia de Bellas Artes y a los que cursaban facultad menor en la Escuela de Medicina, resultando más de quinientos internos y algunos militares externos.

(21) L. ZEA, *op. cit.*, p. 59.

(22) Barreda acomoda la insignia política de Comte: “*L’amour pour principe, l’ordre pour base, et le progres pour but*”, en *Calendrier positiviste*, prés. Patrick Tacussel, Éditions Fata Morgana, s. e., 1993 [facsimil]. El mexicano consigna en la *Oración cívica*: «Conciudadanos: que en lo de adelante sea nuestra divisa libertad, orden y progreso; la libertad como medio; el orden como base y el progreso como fin; triple lema simbolizado en el triple colorido de nuestro hermoso pabellón nacional, de ese pabellón que en 1821 fue en manos de Guerrero e Iturbide el emblema santo de nuestra independencia; y que, empuñado por Zaragoza el 5 de mayo de 1862, aseguró el porvenir de América y del mundo, salvando las instituciones republicanas», <http://www.biblioteca.org.ar/libros/1112.pdf> [8/11/2018].

(23) Ver A. NORIEGA, *op. cit.*, p. 40.

(24) *Ibid.*, pp. 93 y 94.